

Conversar con Portolés

SANTIAGO U. SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Universidad Autónoma de Madrid
santiagou.sanchez@uam.es

El profesor Portolés nos dejó un 30 de marzo de 2022. Las noticias que diariamente recibíamos, previas al fatal desenlace, no alentaban la ilusión de volver a encontrarnos con Pepe. Nos resistíamos tozudamente a imaginarnos que las cosas pudieran darse de otro modo, pero el peso rotundo de lo real quebró nuestra resistencia. En la Facultad era normal encontrarse con Pepe. Puede decirse también que, en un sentido amplio, se acababa coincidiendo con él: siempre parecía haber algo que apuntalaba con concluyente firmeza la tesis de Portolés, aunque nos percatáramos más tarde de ello.

A Pepe se le podía ver por los pasillos, tomando la alternativa de la clase que iba a comenzar o cediéndosela con deferencia a otro colega tras haber concluido su lección de Pragmática o Análisis del discurso (que, al decir del alumnado, era verdaderamente magistral). En estos cambios de tercio, Pepe acostumbraba a dirigir un enunciado breve y sentencioso destinado a infundir ánimos para el ejercicio docente, el del colega de turno o el suyo propio. Tampoco era infrecuente que la coincidencia se produjera tan solo a un paso de acometer el tramo de escaleras (en sentido ascendente o descendente). Con menos riesgos, ese encuentro se daba en ese vestíbulo-remanso que se forma en el tercer piso del módulo IV por la desembocadura de varios despachos, la secretaría del departamento y la sala de personal docente e investigador en formación. En estos dos últimos casos de concurso comunicativo, los intercambios se extendían algo más allá del sobrio enunciado enardecedor del ánimo, si bien siempre estaban supeditados al compromiso académico inmediato y ajustados a la temática abordada. Otra modalidad de coincidencia verbal con Pepe era la que el propio Portolés, en su afán de catalogación de los eventos pragmáticos, denominaba conversación de capazo, nomenclatura tomada de las obligaciones diarias o semanales derivadas de hacer la compra y acarrearla después en un capazo, a ser posible aragonés, hasta su lugar de destino.

La conversación de capazo se activaba, por lo general, cuando los caminos de dos personas movidas por la necesidad de cumplir con una tarea ambulatoria, cuyo sentido se evidenciaba por el acompañamiento del capazo, se cruzaban inopinadamente. El cruce de trayectorias provocaba la suspensión de la encomienda y daba lugar a un hablar improvisado, un hablar sin más. No importaba, entonces, que la tarea se hubiera consumado, al menos parcialmente, y que el capazo resultara un tanto oneroso para el acarreador. Tampoco importaba que, por el contrario, la tarea quedara suspendida y como en el limbo, demostrando ambos, capazo desocupado y persona recadera, cierta dejación de funciones. En todo caso, se interrumpía de pronto la tarea ambulatoria en cualquier estadio y se procedía a protagonizar un intercambio comunicativo que solía sustanciarse en un ponerse al día de asuntos cotidianos y que, en función de circunstancias varias, podía prolongarse más o menos, sin que esa conversación capazo pudiera excusar que, al concluir esta, pudieran surgir, por una sencilla operación de recursividad, otras conversaciones capazo, antes de culminar la trayectoria planeada, llegando a impedir con ello el cumplimiento del encargo.

El despacho de Portolés era, en cambio, un escenario comunicativo bastante más sosegado y esencial, ya que la conversación no sobrevinía por el azar de turnos y horarios académicos, ni estaba tasada por las obligaciones académicas, exigieran o no capazo. En esos momentos de regulada tranquilidad, Pepe se entregaba con una extraordinaria sabiduría a la ceremonia de la comunicación, participando en los actos de habla y los de escucha conforme al ritmo pautado por el cariz del asunto y el carácter del receptor. Cuando se hablaba con Pepe por vez primera, en esas conversaciones de despacho, su interlocutor, al tiempo que funcionaba como tal, se dejaba llevar por la atracción que ejercían los títulos de los libros (de temática y género dispar) amontonados civilizadamente en la mesa. El interlocutor inevitablemente detenía su mirada en los tacos de ejercicios de estudiantes (en papel, doblados, y a veces recogidos con una goma elástica), en los materiales de prácticas (etiquetados con el cuidado de un investigador tan riguroso y pulcro como él), en los trabajos académicos que había repartidos por las estanterías y que reflejaban la impronta del maestro Portolés o en el fichero que pareciera estar ahí mismo, como un oyente casual que exigía su cuota de atención prometiendo, desde su interior, otras tantas sorpresas. A pesar de la deriva que podía experimentarse ante ese escenario, colmado de reclamos semióticos, el interlocutor bisoño no quedaba desasistido en la comunicación: una pausa respetuosa o un gesto cómplice de Pepe, que sabía accionar al modo de bisagra conversacional, permitía comenzar o proseguir la plática.

Cuando se ha tenido la oportunidad de tratar habitualmente con alguien de la fortaleza intelectual de Portolés y de la rotundidad

humana de Pepe y, de pronto, esa oportunidad se niega, se asiste a la definitiva carencia de una interlocución perspicaz, divertida, sabia y, ante todo, profundamente natural. Afrontar la ausencia de esa interlocución nos costó, nos sigue costando mucho. Combatimos esa falta de diálogo siempre que en nuestras conversaciones aparece el nombre de Pepe o de Portolés. Hablamos de Pepe al retomar alguna anécdota o al recordar algún comentario o alguna genialidad. Hablamos de Portolés porque topamos en nuestras lecturas con una referencia a un estudio o porque (re)descubrimos alguna reflexión de calado en alguno de sus textos. Y siempre, al recordarle, dibujamos una sonrisa más o menos acentuada, en función de la complicidad que se baraje, dependiendo de la temática y según la circunstancia, porque el recuerdo también se rige, en cierta medida, conforme a principios conversacionales.

Es bien sabido que el legado de Portolés (así nos gusta decir) es extenso e intenso, propio del maestro que generosamente muestra todo lo que va aprendiendo. De la amplitud de su obra son buena muestra, por ejemplo, los trabajos que se recogen en *La pasión por el discurso: marcadores discursivos y pragmática* (2023), obra editada por Margarita Borreguero, Silvia Murillo y Eugenia Sainz y publicada en la Colección Lingüística de la Editorial Universidad de Sevilla. No solo es extenso su legado por el ingente número de publicaciones; también lo es por el ámbito de investigación. Sus inquietudes científicas (nítidamente definidas dentro del espacio nocional de la ocasión y asentadas en un sólido conocimiento gramatical) aspiraban a contemplar lo lingüístico en su atmósfera, más allá del engranaje oracional, más allá también de las magras hechuras textuales.

Pero, además, su legado es intenso porque sus escritos abundan en sugerencias, están poblados de tesoros que ofrecen hallazgos continuos, que mueven a la relectura. Al detenernos en sus prólogos, por centrarnos en un solo aspecto de su multifacética producción, advertimos el meticuloso cuidado con que rotura los caminos por los que el lector habrá de transitar. Y ese meticuloso mapa es resultado de una exquisita definición del objeto de estudio y del empleo coherente de una metodología de investigación apropiada para el objetivo pretendido. Esos prólogos –*Marcadores del discurso* (1998), *Pragmática para hispanistas* (2004) o *La censura de la palabra* (2016)– son un reflejo de ese tono conversacional y didáctico tan propio del profesor Portolés. No solo se le anticipa al lector el asunto que se desarrolla o el modo como se distribuye el contenido de libro; se busca en el polo de la recepción una interlocución selecta, que asuma el reto de plantearse las cosas de otro modo; se persigue que esa interlocución sea, además, cómplice de la ironía o del humor, tan consustancial a la obra de Portolés.

Sirvan estas palabras para recordar una vez más la imagen de Pepe, de nuestro querido profesor Portolés, conversador hábil, hispanista riguroso, gestor responsable, docente implicado y, sobre todo, buen compañero, excelente amigo. Sirvan estas palabras, también, para combatir su pérdida: en las obras de Pepe, queda inscrito su turno comunicativo que, anclado en el presente, alza su voz para reanudar la conversación.